

Jueves, 10 de abril de 2024

Me dispongo a pasar un par de días por tierras aragonesas. Voy con la tranquilidad que me da la experiencia previa, lo bien que me han tratado en todas mis visitas anteriores, que me han llevado por tierras turolenses. En esta ocasión, empezaré por la provincia más septentrional de la comunidad. En un par de horas me plantaré en la capital, Huesca, pero programo mi viaje con una parada previa: Monzón.

Allí comparto un café con el amigo Rubén Barranco, que tan bien me acogió en mi visita del diciembre pasado, durante la Feria del libro Aragonés. Rubén es un idealista, cree en la justicia social y permanentemente lucha, de forma activa, por los derechos de los más marginados por la sociedad, así como un gran memorialista, y promotor de la entidad La Bolsa de Bielsa.

Charlamos un ratico, y lo dejo con sus siempre honrados propósitos. Ojalá hubiera muchas más personas como Rubén. Sigo autovía adelante, tres cuartos de hora más tarde me planto en el centro de Huesca. Mis anfitriones, el Círculo Republicano Manolín Abad, me han reservado en un hotelito del mismísimo centro de la ciudad. Allí me instalo, y tengo tiempo de vagar una horita por los cosos y zona colindante. Es la primera vez que visito Huesca.

Las campanas tocan seis veces, hora de acercarme al local de la asociación, donde conozco en persona a Carlos Escartín. Cuatro palabras más tarde ya reconozco que es un gran tipo, otro convencido de sus ideales, por los que incluso pasó un tiempo en prisión. Me muestra su local, con una magnífica biblioteca, y la exposición del interesante fondo documental que les han donado recientemente, procedente de Eugenio Monesma. Preparamos la sala para la presentación, y aparece Arantza, de la librería El Iglú, que me hará de presentadora y venderá ejemplares del libro. Persona de gran simpatía, inmediatamente compruebo que se lleva bien con todo el mundo.



Presentación con la sala llena, un público participativo, una gozada contar con gente así. Carlos Migliaccio nos immortaliza con su arte fotográfico, y terminamos distendidamente, dando cuenta de una impresionante tortilla de patata, croquetas y otras delicatessen. La cerveza actúa como lubricante de unas conversaciones agradables, que me hacen sentir como un neofato. Despedida y cierre. Duermo como un lirón hasta la madrugada, momento de dar cuenta de un sabroso desayuno, y un par de horitas más de autovía me llevan hasta mi próxima parada, Calamocha.

Llego a la capital del Jiloca y en la misma puerta del IES Valle del Jiloca, conozco personalmente a David Pardillos, el profesor de historia que encendió la mecha del petardo que hoy estallará, al proponer como lectura para sus alumnos este curso mi libro "Camino de Singra".

Antes, me da tiempo para acudir a los estudios de Radio Calamocha, donde grabamos una conversación con Sara Beltrán, periodista que ha seguido desde el primer momento la evolución de los hechos narrados en mi libro, así como sus consecuencias en el tiempo actual.

Son las once y media, y los chavales regresan de la hora del recreo. La sala se llena, y intento romper el hielo. Ganarse la atención de un grupo tan numeroso de adolescentes es ardua tarea, pero creo que consigo superar bastante bien la misión encomendada. Salgo satisfecho del resultado, siento que no ha estado mal. Por la tarde, una madre de una alumna comenta con David, el profesor, ante mío «que le había parecido bastante interesante». Ya no necesito ni comer en todo el fin de semana, ¡qué satisfacción!



Mediodía, tiempo para conocer el Centro de Estudios del Jiloca, magnífica instalación que rebosa cultura por todos los costados, y que está situada en el Museo del Jamón. Me llevo varios ejemplares de la Revista Xiloca, que editan desde el Centro con periodicidad anual. Este año tendré el honor de ocupar con mis rudimentarias palabras unas cuantas páginas.

La tarde nos lleva a Monreal del Campo. Su edificio que contiene la Casa de Cultura, biblioteca, y el Museo del Azafrán, es espectacular. Allí nos recibe Mari Fuertes, el alma mater de aquel lugar que emana cultura y divulgación. Una nueva presentación, en esta ocasión no conseguimos llenar la sala. Es viernes, empiezan las vacaciones de Semana Santa, y para postres, llueve. Una veintena de personas en el público a las que explico de nuevo las motivaciones que nos mueven a las familias que seguimos buscando nuestros familiares desaparecidos durante la Guerra Civil.



Últimas horas del día. Una vez despedido de todas las fantásticas personas que me han acompañado este intenso día, me dirijo a mi alojamiento: una pequeña casa rural, un hostel, en una aún más pequeña aldea:

Torralba de los Sisones. Allí me encuentro con una joven pareja que vino hace un tiempo desde tierras levantinas para llevar el café del pueblo y un par de habitaciones en la planta superior. A la hora de la cena, dando cuenta de un magnífico vino —escotado por un plato de jamón y unas anchoas— comparto mesa y disertaciones sobre lo divino y lo humano con los ocupantes de la otra habitación del hostel: una pareja de Donostia, con los que mantengo una nueva e interesante —a la par que distendida— vespertina conversación. No sé como lo hago, pero vaya donde vaya, solo encuentro buena gente.

Sábado por la mañana, unas horitas de coche y de nuevo en casa. Una nueva experiencia de las que te dejan marca, y difícilmente puedes olvidar.

Gracias, Aragón.